

PARA PENSAR LA VIOLENCIA

A PROPÓSITO DEL LIBRO *VIOLENCIA POLÍTICA Y FORMACIÓN DEL ESTADO*

DE INGRID JOHANNA BOLÍVAR*

Por: Gonzalo Sánchez G.**

El camino de la legitimación

Cuando uno examina en perspectiva histórica un texto como el de Ingrid Bolívar descubre que lo primero que pone en evidencia es el grado de legitimidad e institucionalización que han alcanzado los estudios sobre La Violencia en las últimas décadas. Permítanme ilustrar esta mutación trayendo a cuento tres episodios personales, menores pero significativos:

En 1975, a mi regreso de Inglaterra con un proyecto de doctorado que se aplazó por años, para no decir por simple pudor que por décadas, ofrecí un seminario en la Facultad de Derecho de la Universidad Santo Tomás sobre el tema. Las directivas que en ese entonces andaban entusiasmadas con la llamada "revolución de los claveles" en Portugal, me advirtieron, quizás a sabiendas de los riesgos de la propuesta, que tenía plenas libertades académicas para enfocar mi objeto de investigación. Yo que me había formado en una universidad pública tomé tan en serio esa invocación a la libertad de cátedra, y con tan mala suerte, que según lo supe más tarde algunos estudiantes de la clerical Universidad consideraron perturbadoras mis clases, se quejaron directamente ante el Rector y fui desvinculado sin argumentos de la Universidad. Por lo demás, nunca olvidaré que tratándose de una Facultad de Derecho, propuse a uno de los estudiantes reflexionar sobre un tópico que entonces me intrigaba: examinar el modelo de orden democrático-revolucionario implícito en la Plataforma de las Guerrillas del Llano, por contraposición al modelo de la Constitución autoritaria y corporativa de Laureano

Gómez. El despedido estudiante se fue a buscar el texto guerrillero en la Corte Suprema de Justicia, para sorpresa mía e hilaridad de los ilustres magistrados. Tan crasa era la ignorancia en los medios universitarios sobre lo que estaba en juego.

Posteriormente, cuando me presenté ante el Director de la Biblioteca Luis Angel Arango, Jaime Duarte French, para solicitarle una cabina de investigación que me permitiera adelantar lo que en ese momento era mi proyecto de tesis doctoral, me preguntó y ¿cuál es el tema? ...La Violencia, le dije, muy ingenuamente, y el me respondió entre dubitativo y acusador "Ah, sí, ya veo por donde va la cosa". No pedí explicaciones, pero me sentí sindicado de algo, de subversivo o quizás simplemente de "violentólogo" como se diría después. Esto para no hablar del sigilo que había que tener cuando se trataba de autoridades políticas o judiciales, o de los potentados locales que al enterarse del verdadero objeto de las pesquisas le hacían saber más o menos discretamente a los investigadores que debían abandonar la región.

Cuando ingresé como docente a la Universidad Nacional en 1979, dicté el primer seminario que



* Bolívar, Ingrid Johanna, 2003, *Violencia política y formación del Estado*, Bogotá, Universidad de los Andes, Cinep.

** Doctor en sociología y profesor del Iepri, Universidad Nacional, sede Bogotá.

sobre La Violencia se hacía en un Departamento de Historia y recuerdo que si bien el tema entusiasma-
ba a los estudiantes, muchos de mis colegas, en cambio, dudaban de la pertinencia para el Departamento de una asignatura con ese rótulo. Las razones eran desde luego distintas a las sugeridas en los episodios anteriores. Mientras los sociólogos se declaraban "propietarios" del siglo XX e incluso del XIX, a la historia, con su complacencia, se la relegaba al período colonial. Señalemos de paso que ni en el *Manual de Historia* de Colcultura, ni en el de *Colombia Hoy*, editado inicialmente por Mario Arrubla y después por Jorge Orlando Melo, se incluyó un texto específico sobre La Violencia. Aún no se había puesto en boga eso que se llamó en Francia la historia del tiempo presente, una nueva concepción de la disciplina que rompía con una tradición milenaria según la cual el territorio de la historia se circunscribía al estudio del pasado. La historia del tiempo presente extendía ese territorio al universo más amplio de la temporalidad, como rasgo distintivo de la historia.

Había pues razones de orden político, profesional y cultural que le cerraban el paso a los estudios de La Violencia.

Si hago memoria de estos episodios, insisto, es para que se entienda el profundo cambio mental que se ha producido con respecto al tema y para que se aprecie en su contexto la importancia de este acontecimiento intelectual del cual somos testigos hoy: se trata en efecto del primer libro sobre los estudios de La Violencia de los años cincuenta, por alguien que pertenece a la generación postviolencia. Artículos ha habido un buen número, pero este subrayo es el primer libro dedicado exclusivamente a la producción bibliográfica sobre el tema y el periodo.

Ahora bien, entre los episodios evocados y este texto mucha agua ha corrido debajo de los puentes. Entrada la década del ochenta La Violencia se volvió de repente un eje de cruces interdisciplinarios. Estaba suficientemente lejos para que se la aceptara como objeto legítimo de los historiadores, y suficientemente cerca para que se la considerara objeto

disponible para politólogos y sociólogos. Desde entonces la investigación y las publicaciones se multiplicaron, los simposios temáticos se institucionalizaron, el número de tesis que se le consagraron empezó a ser dominante, y hasta un instituto, el Iepri, fundado a mediados de los ochenta, nació con ese sello distintivo: el tema pasó de marginal a invasivo y para muchos tiránico. Ni siquiera el bachillerato fue inmune a estas novedades: a mis hijos ya les tocó estudiar el libro *Bandoleros* en el colegio.¹ En todo caso, a la presencia del tema en el mundo académico ya no se le exigían justificaciones.

En busca de la real o supuesta singularidad

La intensa actividad y producción bibliográfica que se generó en torno a La Violencia clásica, bien merecía un alto en el camino y una reflexión sistemática sobre el recorrido hecho hasta ahora. El libro de Ingrid Bolívar responde a esa necesidad. No se trata por lo demás de una simple relectura de los textos que considera más significativos en un campo específico de relaciones, el de Estado y Violencia, sino de la formulación de un viraje en los términos de aproximación al tema. Para la realización de esta empresa, Ingrid rompe de entrada con la falsa contraposición entre un Estado central supuestamente cohesionador y unos heterogéneos procesos regionales disruptores. El replanteamiento que se hace aquí es ambicioso y sugestivo. La enorme diversidad regional de los procesos de Violencia, que tanto fascinó a los investigadores de los años ochenta, no se da sobre una especie de vacío de Estado sino precisamente como expresión de la compleja trama en que los distintos territorios, redes de poder y grupos sociales, en sus negociaciones, y en sus tensiones a menudo extremas, contribuyen a la construcción del mismo. Es pues una invitación al desplazamiento de la persistente pregunta por la debilidad o ausencia del Estado a la pregunta por su proceso de formación, diferenciando "las zonas donde la violencia implica el colapso de una institucionalidad, de aquellas zonas en las que la tal Violencia expresa un esfuerzo de integra-

ción política o a la resistencia a una modalidad subordinada de tal integración" (p. 34), prestándole particular atención a las relaciones entre filiaciones y redes partidistas con los conflictos sociales. No voy a ahondar aquí sobre la multiplicidad de variantes que detecta la autora y que suponen un conocimiento especializado del período y de los autores. En todo caso lo que se abre es todo un programa y una perspectiva nueva de investigación.

Pero aparte de su valor intrínseco el libro nos permite también destacar otras modificaciones significativas del contexto intelectual, sobre las cuales esbozamos algunas líneas hace varios años. En los estudios sobre La Violencia se puso el énfasis en la singularidad del caso colombiano y en términos generales, a pesar del indudable impacto de la incursión de investigadores de otras procedencias, como el británico Eric Hobsbawm, el norteamericano Paul Oquist y el francés Daniel Pécaut, la literatura sobre La Violencia discutía básicamente consigo misma. De hecho esa percepción de una virtual singularidad colombiana era compartida por éstos y otros analistas extranjeros que difícilmente podían acomodar el caso colombiano a los patrones de desarrollo político latinoamericano. Colombia no era un buen ejemplo ni de populismos, ni de dictaduras, ni de revoluciones. Quedó por fuera de los grandes textos comparativos que se escribieron sobre América Latina. Y hasta hubo por parte de algunos cierta inhibición para abordarla, siendo el caso más notable el de John Womack quien según se dice, antes de emprender su famoso estudio sobre la Revolución Mexicana estuvo en Colombia en busca de objeto de estudio para su tesis doctoral y desistió después de una corta estadía al descubrir la complejidad del fenómeno. Así fue adquiriendo fama el dicho de que cuando un extranjero está una semana en Colombia escribe un libro; cuando se queda dos o tres meses escribe un artículo y cuan-

do se queda dos o tres años no vuelve a escribir porque descubre que no ha entendido nada de este país. Claro que Daniel Pécaut lo invalidó para confirmar la regla.

Este énfasis en la singularidad, justificado o no, creó durante mucho tiempo una marcada renuencia de la academia colombiana al análisis teórico y llevó por lo demás a que se privilegiara el desarrollo de la historia sobre el de la sociología, en contravía de lo que sucedió en los años sesenta y setenta en la mayoría de los países latinoamericanos.

Sucedió, sin embargo, algo imprevisto en el proceso político nacional. Cuando estaban precisamente en pleno auge los estudios sobre los años cincuenta, el conflicto armado contemporáneo cobraba nuevas dimensiones. La perplejidad inicial de los analistas y de la opinión pública fue evidente. A los nuevos hechos (combates, muertes, masacres, secuestros, atentados, desplazamientos) se los siguió nombrando como violencia, así fuera con minúscula. No encontrábamos manera distinta de representarnoslos, antes de que nos decidiéramos a nombrarlos como guerra para subrayar la discontinuidad histórica. Lenta pero irreversiblemente comenzamos a reconocer que la violencia o la guerra contemporánea que inicialmente había sido vista como una prolongación de la de los cincuenta, había adquirido una dinámica propia y se proyectaba en una discontinuidad radical con la de los cincuenta, a tal punto que esta última pasó a ser sin discusión historia, o prehistoria de la presente. La centralidad de los estudios sobre La Violencia de los cincuenta fue sustituida por la centralidad de la contemporánea a partir de los noventa. Dejó incluso de escribirse sobre la primera, y con notables excepciones como el reciente libro de Mary Roldán, *A Sangre y Fuego*², si bien no se podía dar por agotado el tema, perdía el sentido de urgencia que había tenido en los años precedentes. Parafraseando a

1 Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, 1983, *Bandoleros, gamonales y campesino. El caso de la Violencia en Colombia*, Bogotá, El Ancora.

2 Mary Roldán, 2003, *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*, Bogotá, Icanh/Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología.

Ives Michaud, podríamos decir que se había tomado clara conciencia de que los hechos y los contextos, los sentimientos (justificatorios o de rechazo) y las ideas o representaciones sobre el lugar de La Violencia en la historia política del país se habían trastocado definitivamente. Si antes la veíamos como culminación de configuraciones estructurales de la sociedad colombiana (problemas de construcción de Estado o agrarios aplazados, persistencia de identidades políticas decimonónicas) y la contraponíamos a las guerras civiles, hoy la veíamos ya más que como momento inaugural como simple antecedente de la historia contemporánea. Desde el más refinado analista, hasta el protagonista más notorio, Tirofijo, La Violencia de los años cincuenta seguía siendo referente obligado, sí, pero lejano, e incluso, si se quiere, mítico, pero no causal del conflicto actual. Había que pensar en las líneas de demarcación.

El efecto de internacionalización

La enumeración de las novedades podría ser ilimitada. Pero hay algunas más visibles que otras. Subrayo tres que me parecen esenciales para los propósitos de estas notas. Primera: salvo algunos episodios críticos, como el 9 de abril, que dio lugar a intentos de enmarcar La Violencia en las disputas mundiales características de la Guerra Fría, sobre todo por razones de conveniencias política para los Estados Unidos y no por comprobadas derivaciones de esa matriz, salvo tales episodios repito, La Violencia fue considerada aquí y afuera como un conflicto esencialmente interno, a diferencia de los impactos y nexos que a la de hoy se le atribuyen o que son constatables con respecto a todo el vecindario internacional. Si la de ayer pudo ser ignorada por los países limítrofes, la de hoy los involucra a todos, aunque de diferenciadas maneras. Ya no pueden ser, como lo fue el mundo de otrora, simples espectadores de la tragedia que vivió Colombia en su proverbial soledad.

La segunda novedad protuberante tiene que ver con los recursos: de pequeños grupos irregula-

res formados por harapientos campesinos que vivían de la depredación de empobrecidas economías agrarias hemos pasado a irregulares que derivan su potencial militar, su sofisticado armamento, y su capacidad de reclutamiento y de control territorial, de exacciones a los enclaves mineros, de una bien administrada industria del secuestro y sobretodo de la realización en el mercado internacional de productos de origen ilícito.

La tercera novedad es la de que nuestro conflicto contemporáneo, a diferencia de La Violencia, dejó de verse como la sangría que ocurría en un remoto y anacrónico país latinoamericano, para desenvolverse ahora bajo la mirada atenta de los demás países del subcontinente, de Estados Unidos y en gran medida de Europa, como un episodio relevante de las modernas y nuevas guerras. Ya no somos ese Macondo de cosas inusuales donde los niños nacen con cola de cerdo. Estamos inscritos en las dinámicas globales de la guerra. En consecuencia, sus atrocidades no son vistas simplemente como violencia, como ocurrió en los años cincuenta, sino que pueden ser denunciadas nacional e internacionalmente y examinadas a la luz de normas universales que imponen límites a la guerra, en la medida en que se acepta que lo que tenemos es una guerra. No es que no se reconozca su carácter de exceso (las cifras sobre muertes, desplazamiento, secuestros lo corroboran) pero ello no excluye que se le considere regulable según estándares internacionales.

Impactos, recursos y nuevos contextos normativos condujeron a lo que pudiéramos llamar una palpable "desnacionalización" del conflicto que ha producido a su vez una internacionalización de los temas, de los escenarios geográficos afectados, de los enfoques y del interés por el mismo: eventos en los más diversos sitios del mundo; publicaciones de académicos colombianos en medios extranjeros; cubrimiento casi cotidiano de la prensa mundial, registrado por una Fundación, Ideas para la Paz, y por la igualmente útil página de internet que dirige Patricia Vásquez, "Colombia en Perspectiva"; inserción del caso colombiano en paradigmas más

amplios sobre la naturaleza de las guerras actuales en el mundo; son todos factores que muestran una nueva sensibilidad a lo que pasa dentro de nuestras fronteras. Se puede ir más allá y sugerir incluso que vía la guerra se ha producido en gran medida la internacionalización de las ciencias sociales en Colombia. La sociología, la ciencia política y la antropología, que irrumpen tardíamente en el tema, cobran preeminencia sobre la historia. Este proceso no sólo tiene profundas repercusiones en el volumen de la producción (un estudio hecho por María Cristina Palacios para Colciencias da cuenta de 1.300 títulos sobre el tema en los últimos quince o veinte años) sino que indudablemente comenzará a revertirse sobre las aproximaciones que se hagan a la vieja violencia. La nueva visión sobre nuestro presente entrará en relaciones dinámicas con nuestro reciente pasado.

Lo que quiero decir es que así como en torno a La Violencia de los años cincuenta se construyó una cierta imagen del país y de su historia, las representaciones nacionales o internacionales de la guerra actual muy probablemente modifiquen en el futuro las evaluaciones hasta ahora hechas sobre La Violencia.

Como efecto de este proceso, cuando se vuelva a La Violencia de los años cincuenta, se dejará de insistir en la singularidad o al menos tenderá a mostrarse que ésta no es incompatible con la universalidad del análisis. Ingrid empieza ya a vislumbrarlo, pero tal vez no con las suficientes precauciones. Creo, en efecto, que lo hace, de manera comprensible, nadando todavía entre dos aguas: aparecen a lo largo del texto superpuestos dos sentidos de Violencia que es preciso diferenciar: el de La Violencia como representación de un período y del conjunto de procesos y relaciones sociales y culturales que lo constituyen, que incluye también los acuerdos, las negociaciones, las luchas legales, los procesos institucionales; y el otro sentido, el de la violencia como modalidad específica de acción

de los actores sociales y políticos. En el primero no tiene sentido la expresión "monopolio de la Violencia", o de los medios de coerción, perfectamente adecuada para el segundo. Para ponerlo gráficamente se entremezclan inadvertida y continuamente La Violencia con mayúscula y la violencia con minúscula que apuntan a contenidos complementariamente diferentes y diferenciables. No es un asunto de poca monta ya que es allí donde se decide la pertinencia del debate sobre la singularidad colombiana, el nudo entre representación y proceso real.

Por otro lado, lo que trata de mostrarnos Ingrid, abriéndole camino a esta transición en curso, es que el proceso de construcción de Estado en Colombia no está tan lejos como lo hemos pensado, de los hallazgos de la sociología histórica, asociada aquí a dos tradiciones intelectuales, la de Charles Tilly y la de Norbert Elias. Puede ser cierto. Sin embargo, uno podría preguntarse sobre los riesgos de repetir, por un lado, las simplificaciones de la vulgata marxista que pretendió ver en La Violencia una simple ilustración más de la acumulación originaria del capital, reemplazada ahora por el poder demiúrgico del Estado; o de otro lado, los también latentes riesgos de convertir en destino el ideal weberiano de la monopolización estatal de la violencia. Hobsbawm en sus reflexiones sobre el siglo XX ha señalado cómo, contra todo lo esperado, en la era contemporánea el Estado ha perdido en gran medida el monopolio de los medios de coerción dando lugar, por el contrario, a un creciente retorno a la guerra privada, a la utilización de fuerzas mercenarias y a la delegación en empresas particulares de tareas logísticas como el transporte, el armamento, el aprovisionamiento y la vestimenta.³ Colombia no es ajena a estas tendencias. El libro de Ingrid se sitúa nuevamente en las fronteras de este proceso. Oscila entre, por un lado, la tentación teleológica, cuando pone como espejo de nuestra construcción estatal los modelos de centralización política e integración territorial de las sociedades europeooccidentales

3 Eric Hobsbawm, 2000, *Entrevista sobre el siglo XXI*, (con Antonio Polito), Barcelona, Crítica, pp 28-29.

estudiadas por Tilly y Elias y, por otro lado, la búsqueda de superación de tales modelos cuando postula la necesidad de aceptar con todas sus implicaciones el planteamiento de que el Estado no tiene una configuración predeterminedada que hace presencia en las regiones, sino que se estructura de manera desigual y cambiante en las relaciones con éstas. Ese carácter dinámico le quita todo sentido de linealidad a la pregunta por la formación del Estado y lo insta esencialmente como un campo de relaciones en permanente mutación. Pero hay, en últimas, una reconocible tensión entre los ideales normativos y los procesos históricos que parecería seguir viendo nuestras formas de construcción de Estado, no como configuraciones específicas sino deficitarias e inacabadas con respecto al modelo. Son vacilaciones propias de quien está ensayando caminos nuevos.

Este es pues un libro sobre cómo un buen número de investigadores ha visto La Violencia, y que a mí como lector me sirvió de pretexto para hacer algunas reflexiones sobre el porqué la han visto de uno u otro modo en diferentes momentos. Es un libro que en el acto mismo de la crítica a las viejas preguntas y a las viejas respuestas plantea nuevos derroteros de investigación. Es finalmente un libro que nos recuerda a todos cómo el pasado, aún el más reciente, es esencialmente móvil, y lo releemos o quizás mejor lo recreamos cada vez de manera distinta respondiendo a nuestras necesidades y a nuestras búsquedas presentes.

.....

La violencia...